

MACROECONOMÍA ECOLÓGICA, METABOLISMO SOCIAL Y JUSTICIA AMBIENTAL¹

Joan Martínez Alier*

Recibido: 11 Octubre 2011 / Revisado: 14 Octubre 2011 / Aceptado: 20 Octubre 2011

INTRODUCCIÓN

Este artículo da cuenta de la elaboración de una nueva macroeconomía ecológica que renuncia al crecimiento económico en países ricos y que se contrapone tanto al keynesianismo como al fundamentalismo del mercado. Al mismo tiempo, atendiendo a las protestas de los movimientos ambientalistas, agraristas e indígenas del Sur contra el comercio ecológicamente desigual y por la defensa de los territorios, atendiendo también a los intensos reclamos de justicia climática, este artículo propone una confluencia entre la nueva macroeconomía ecológica y esas perspectivas del Sur que no quieren un desarrollo uniformizador sino más bien un Buen Vivir y un mayor respeto a los derechos de la naturaleza.

La macroeconomía ecológica no cree en el crecimiento económico, menos aun cuando éste se alimenta de deudas, ya sea deudas de los consumidores o deudas públicas. Calla, paga la deuda con un plan de ajuste y después crece y podrás endeudarte otra vez, le dicen los doctores al paciente económico. Pero el verdadero alimento de la economía industrial, desde el punto de vista del metabolismo, no son las deudas. Son los combustibles fósiles.

Si bien la macroeconomía ecológica no quiere crecimiento, en una economía sin crecimiento habrá una tendencia al aumento del desempleo, y eso exigirá nuevas instituciones económicas y sociales. Hace ya 40 años la palabra *décroissance* apareció

en boca de André Gorz en un debate con Sicco Mansholt, presidente de la Comisión Europea. En esos años se dijo que la economía de los países ricos debería ir hacia un estado estacionario, en expresión de Herman Daly, a través de una etapa de decrecimiento (una idea de Georgescu-Roegen que proponen ahora los “decrecentistas” europeos). Estas propuestas decrecentistas en el Norte pueden ser apoyadas por el amplio movimiento en el Sur que exige justicia ambiental y climática oponiéndose a la creciente invasión y expolio de los territorios indígenas en las fronteras de la extracción.

1. EN 1972, EL DEBATE EUROPEO INICIADO POR SICCO MANSHOLT

Tim Jackson (2009) presenta una macroeconomía ecológica sin crecimiento. Jackson se pregunta, esa macroeconomía ecológica, ¿sería todavía una economía capitalista tal como la conocemos? ¿Qué pasa con las ganancias capitalistas y con la acumulación de capital si la economía no crece? La cuestión no es nueva, fue abiertamente debatida en París el 13 de junio de 1972 por un presidente de la Comisión Europea, el social-demócrata holandés Sicco Mansholt, quien era contrario al crecimiento económico tras haber leído el informe de los Meadows del MIT y por su experiencia de varios años como rector de la política agraria europea. El debate, organizado por *Le Nouvel Observateur* (n. 397, 1972), atrajo a tres mil personas. Tuvo otro

* Universidad Autónoma de Barcelona. E-mail: joan.martinez.alier@uab.cat.

¹ Programa Universitario de Medio Ambiente, UNAM, México e IDEA/ Foro Extensión, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, septiembre 2011.

protagonista brillante, André Gorz (que usaba el sobrenombre Michel Bosquet), además de Herbert Marcuse, Edmond Maire (del sindicato CFDT), el filósofo Edgar Morin, el ecologista británico Edward Goldsmith que había publicado *Blueprint for Survival* en 1971 y el escritor Philippe Saint Marc. No se habló todavía de cambio climático pero sí de la escasez de recursos, y además se discutió sobre el aumento de la población, los absurdos de la contabilidad macroeconómica del PIB, la felicidad, el capitalismo, el socialismo, el militarismo, la tecnología y la complejidad. Nadie habló en favor del socialismo realmente existente en el este de Europa.

Sicco Mansholt había anunciado que prefería el BNB (*Bonheur National Brut*, la Felicidad Nacional Bruta) al Producto Nacional Bruto, lo que había sido criticado tanto por el presidente Pompidou como por Georges Marchais, el secretario general del Partido Comunista francés. El debate de 1972 señala un inicio del ecologismo político en Francia. En esos años se publicaban artículos y libros de Kenneth Boulding, Georgescu-Roegen y de Herman Daly al otro lado del Atlántico de los cuales nació la economía ecológica. Aparecía también en 1971 el libro de Barry Commoner, *El Círculo que se Cierra*, y el de H.T. Odum, *Energía, Poder y Sociedad*.

Sicco Mansholt, que tenía 63 años, había iniciado el debate europeo con una carta al presidente de la Comisión Europea Franco Malfatti en febrero de 1972, cuando él era todavía comisario de Agricultura, habiendo leído una copia del informe de los Meadows (el System Dynamics Group del MIT, como él lo denominaba, antes de ser entregado como informe al Club de Roma). La carta a Malfatti es sorprendentemente radical en la pluma de alguien que estaba por ocupar durante unos meses la presidencia de la Comisión Europea dejada vacante por Malfatti.

Esta carta está escrita en un contexto de “estancamiento” (estancamiento económico combinado con inflación) causado por un descenso de ganancias empresariales por la fuerza de los sindicatos en una época de pleno empleo, año y medio antes de la gran subida del precio del petróleo en 1973 que desencadenó otro tipo de “estancamiento”. Además, la carta fue escrita poco antes de la conferencia de NNUU en Estocolmo, la primera gran conferencia ambiental preocupada sobre todo por la contaminación química. La intención de

Mansholt era promover políticas públicas europeas dirigidas hacia la conservación y el reciclaje y no hacia el crecimiento. La investigación científica debería apoyar esta nueva línea. Mansholt se pronunció muy claramente por un socialismo democrático planificado a escala europea. Tuvo propuestas directamente dirigidas contra las ganancias capitalistas, al suprimir la amortización acelerada de bienes de capital que se deduce de los impuestos (y que infla las ganancias) y al protestar contra la obsolescencia de los bienes de consumo duradero. Propuso introducir la certificación de productos reciclables que tendrían desgravaciones fiscales. Un arancel europeo a las importaciones protegería esos productos reciclables certificados pues en caso contrario la competencia internacional impediría esa producción menos dañina. Era partidario de prohibir la producción de muchos productos no esenciales. Mansholt no creía que el “método de producción empresarial” fuera ya adecuado.

Otros temas como el carácter de clase del movimiento ecologista, la crítica contra la modernidad de la ciencia cartesiana, la complejidad que produce incertidumbres y que impide usar ingenuamente la noción de “equilibrio ecológico”, fueron discutidos por André Gorz y Edgar Morin en el debate de *Le Nouvel Observateur* de 13 junio de 1972, del cual Mansholt fue protagonista. No hubo en la carta de Mansholt pero sí en el debate de *Le Nouvel Observateur* una crítica del militarismo y del imperialismo como fuerzas anti-ecologistas, a cargo de Marcuse obsesionado por la guerra de Vietnam y de Edgar Morin que criticó las pruebas atómicas francesas en el Pacífico.

Sicco Mansholt coincidía con varios de los protagonistas de ese debate de 1972 en que el ecologismo no era un lujo de los ricos sino una necesidad de todos, y que los más perjudicados por la contaminación y por el urbanismo inhumano de las *banlieues* eran los pobres. No se usó en ese entonces todavía la expresión “Justicia Ambiental” que iba a introducirse una década después al nacer en 1982 el movimiento en Estados Unidos contra el “racismo ambiental” aunque el movimiento Chipko en la India ya en 1973 se convirtió en la primera muestra ampliamente conocida del ecologismo popular del Sur.

Los problemas no eran solamente para los humanos, ya fueran ricos o pobres: Sicco Mansholt inició su intervención en el debate de *Le Nouvel Observateur*, no para hablar de los europeos ni de

los humanos en general sino señalando, sin usar todavía la palabra “biodiversidad”, que “estamos aquí para hablar del destino de la raza humana pero conviene no olvidar los animales ni los vegetales, elementos indispensable del complejo ecológico. La raza humana no debe solamente preocuparse egoístamente de su propia supervivencia”.

La carta a Malfatti de febrero 1972 tiene tres mil palabras. Copio los párrafos más importantes²

“Estimado Presidente:

Es apropiado que nuestra Comisión, en su último año, se dedique intensamente a determinar la política económica a seguir [...]

En primer lugar, algunos hechos.

1. Parece cada vez más que los gobiernos nacionales no pueden garantizar un equilibrio en el desarrollo de sus economías. Eso no es solamente un fenómeno europeo, se manifiesta en todos los Estados industrializados, como Estados Unidos, Japón, etc. La espiral inflacionaria acompañada de un aumento del desempleo es un fenómeno general.

2. No se consigue un equilibrio monetario. Cuanto mucho, podemos hablar de una calma temporal pero se dan todos los elementos para que haya otra vez dificultades monetarias [...]

Estos son algunos de los problemas de hoy, pero los que nos llegan cada vez con más claridad son mucho más serios [...] Estos son problemas asociados con los siguientes elementos que determinan esencialmente el futuro de la humanidad.

- El crecimiento de la población en el mundo.
- La producción de alimentos.
- La industrialización.
- La contaminación.
- El consumo de recursos naturales.

Me limito a estos porque son la base del informe del Grupo de Dinámica de Sistemas del Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, Massachusetts (julio 1971). Podríamos añadir:

- La creación de empleos con significado.
- Conseguir una democracia real.
- Crear oportunidades iguales para todos.
- Nuestras relaciones con los países en desarrollo.

Con respecto a esta segunda lista de cuestiones, nos podríamos preguntar si caen dentro de la responsabilidad legal de la Comisión. Personalmente, no estoy interesado en este aspecto legal, creo deseable que demos nuestra opinión como un organismo político. [...] Me pregunto: ¿Qué podemos hacer como “Europa” y qué debemos hacer para no quedarnos atrapados? Los problemas son tan fundamentales, tan complejos y tan entrelazados que uno se pregunta: ¿Podemos realmente hacer algo al respecto? ¿Puede Europa hacer algo? ¿No es un asunto para todo el mundo en conjunto? [...]

Si Europa sigue una política clara, entonces está mejor situada para forzar una política en el resto del mundo, particularmente en los Estados Unidos y en Japón [...] Por tanto, Europa tiene una tarea por hacer!

El problema de la población es crucial [...] En particular, en los países en desarrollo hay una tasa de nacimientos que toma dimensiones aterradoras pero también en el Occidente industrial no podemos escapar del control de la población. Si no sucede nada, la población mundial doblará aproximadamente en 30 años, lo que significa que en el año 2000 habremos aumentados de 3500 millones a 7000 millones.

En lo que respecta a Occidente, debe notarse que en los países industriales, el consumo de materiales y de energía per capita es unas 25 veces mayor que en el promedio de los países en desarrollo.

Si en 30 años pudiéramos asegurar que “la familia de reemplazamiento” sea ya la norma, incluso entonces la población crecería hasta 6000 millones. [...].

En parte, nos corresponde la tarea de identificar los elementos económicos que facilitarían la promoción del control de nacimientos. Eso

² Agradezco a Nick Meynen la traducción del holandés.

podría incluir la política fiscal y la abolición de los subsidios a las familias grandes. Aquí podríamos hacer propuestas concretas.

Suponiendo que se alcanza una población humana estática, entonces parece posible en teoría alcanzar un cierto equilibrio en el crecimiento de los distintos factores materiales necesarios para la supervivencia de la humanidad (sección V del informe del MIT). Pero para eso, todas las condiciones siguientes deben darse:

1. Prioridad a la producción de alimentos, incluyendo inversiones en lo que se llama producción agrícola “no económica”.
2. Una fuerte reducción del consumo de materiales per capita compensado por beneficios sociales intangibles como la asistencia social, la educación, el desarrollo espiritual, el ocio y la recreación, etc.
3. Extender la vida útil de todos los bienes de capital al tiempo que evitamos la producción de residuos y la producción de productos “no esenciales”.
4. Reducir la contaminación y el agotamiento de recursos enfocando políticas sobre el periodo de amortización de las inversiones de capital y el control de la contaminación. lo que llevará a cambios en la demanda y así en la producción.

Por el momento, parece demasiado optimista suponer que habrá una población mundial estable y por tanto debemos pensar en medidas políticas más fuertes que las señaladas arriba. Eso levanta otro tema, si podemos mantener nuestro orden social establecido, si por ejemplo el método de producción empresarial puede ser mantenido. En mi opinión, la mera pregunta lleva a una contestación: No.

Más difícil, sin embargo, es encontrar algo que sea mejor para alcanzar el fin. El Socialismo de Estado o sistemas similares no son la solución. Así pues, necesitaremos encontrar formas de producción muy diferenciadas, con una planificación central fuerte y un alto grado de descentralización.[...]

Está claro que esa sociedad no podría estar basada en el crecimiento, por lo menos no en

el crecimiento del sector material. Para empezar, no debemos basar nuestro sistema económico en el logro del crecimiento máximo, o el mayor producto nacional bruto posible. Hay que sustituirlo por la utilidad nacional bruta. (Queda abierta la cuestión de si esta “utilidad” puede expresarse con cifras o como lo que Tinbergen llama Bonheur Nacional Bruto). [...]

Para ayudarnos a pensar y para ilustrar lo que las políticas reales implicarían, doy algunas ideas sobre políticas europeas:

1. Una economía estrictamente planificada, dirigida a asegurar las necesidades físicas que se consideran necesarias para todos.
2. Un sistema productivo sin contaminación y con el desarrollo de un proceso de reciclaje.

Este segundo fin traerá consigo un bajón significativo en la riqueza física per capita y limitará la libre disposición de los bienes. [...] Será inevitable dividir las materias primas y los bienes de capital entre el sector público y el sector privado.

La planificación deberá hacerse de manera que el mínimo uso necesario de recursos energéticos y los bienes y servicios esenciales estén asegurados. También será preciso para compensar la baja de riqueza material incrementar la provisión pública de desarrollo espiritual y cultural, el cuidado cultural [...].

Me parece apropiado que la Comisión se proponga crear un “Plan Europeo central” (o Plan Económico Europeo). Al hacer esto, nos alejaremos del objetivo de obtener el producto nacional bruto máximo [...] Hemos de aceptar que la provisión de mayores cuidados públicos para el bienestar espiritual de hecho requiere un producto nacional bruto mayor, pero no tenemos ya esta posibilidad porque mantener el equilibrio con la naturaleza (ecología) y la necesidad de reservar suficientes recursos energéticos para las generaciones futuras, se convierten en cuestiones decisivas.[...].

Me podría imaginar que la Comisión haga propuestas concretas como las siguientes:

1. Implementar un sistema de licencias de producción bajo control europeo (Certificados de reciclaje, CR).

2. Una modificación en los impuestos sobre ventas que abarate los productos con el certificado CR y en cambio eleve los impuestos a los productos convencionales (la diferencia en el porcentaje de impuesto sería igual a la diferencia en el costo de producción más un tanto adicional de “castigo” a los productos convencionales).

3. Promover la sustentabilidad de los bienes de consumo. Eso debería llevar a un ahorro importante de materiales. Además de normas de producción, la política fiscal debe empujar al consumo en dirección a la moderación y la sustentabilidad. [...] Hay actualmente una cantidad alarmante de producción inútil.

4. Parece necesario que haya en Europa un sistema de distribución de diversas materias primas y de productos acabados para: a) dar prioridad a los bienes dirigidos al sector público; b) evitar los productos inútiles y los residuos; c) una economía de escasez requiere la distribución de los bienes de consumo necesarios de manera que se garantice oportunidades iguales para todos.

5. Investigación.

Hay grandes campos de investigación en lo que respecta a una producción que no produzca contaminación y que se base en el reciclaje, que están en barbecho [...] toda la investigación se ha dirigido al “crecimiento”. Deberíamos dirigirla a la “utilidad” y al “bienestar” [...] hemos de acabar de una vez con el drama persistente del presupuesto de EURATOM y convertirlo en un programa de investigación dirigido a los objetivos señalados. [...] Es demasiado frecuente que las investigaciones se lleven a cabo sin abarcar las consecuencias económicas y por tanto sociales.

El programa de investigación debería estar dirigido en particular a:

- La conservación.
- El equilibrio ecológico y biológico.
- El reciclaje de la producción.
- Las consecuencias económicas.

Un programa que se base en los puntos señalados puede ser llevado a cabo en la nueva Europa de los Diez. Somos un mercado con

movimiento interno libre, protegidos contra terceros países. Es deseable por tanto tener una política económica estrictamente integrada y así también una política fiscal. Obviamente, la implementación de este programa incrementará los costes significativamente y por tanto hará necesario proteger un poco nuestro mercado de las influencias exteriores.

Esto podría hacerse de la siguiente manera:

Transformar el arancel externo actual en un arancel que proteja los productos que están certificados como reciclables (CR). [...] Eso fomentaría la manufactura de bienes CR. Si por ejemplo Europa y Estados Unidos se ponen de acuerdo en esta estructura de aranceles a la importación, el resto del mundo debería seguir. Hace falta arreglos especiales para países en desarrollo. Hay que ayudar a introducir una producción CR también allí. [...] Es posible pensar en un Fondo para promover la producción CR en los países en desarrollo que apoye las inversiones de capital de esos países que adopten el principio CR.

En lo que concierne a la agricultura: el equilibrio con la naturaleza tendrá un papel cada vez mayor en la producción de alimentos. Aunque hace falta un gran aumento de producción de alimentos, alcanzaremos pronto dos límites.

- a) el área disponible, 3500 millones de hectáreas, que puede disponer de suficiente agua (pueden olvidar la conversión masiva de agua salada en agua dulce debido al alto consumo energético y la alteración del equilibrio termal).
- b) el uso de pesticidas e insecticidas para obtener una producción mayor altera el equilibrio ecológico [...].

Hay que cambiar los requisitos de calidad de los alimentos, la nutrición y el gusto son más importantes que la apariencia. Hay que tomar medidas para promover una producción que se pueda reciclar y por tanto hay que evitar la destrucción de valiosos elementos naturales de la producción. (Esto incluye restaurar el equilibrio natural del mundo de los insectos y de los pájaros, manteniendo el equilibrio ecológico general).

La protección frente a las importaciones desde el exterior podría hacerse sobre la base de aranceles basados en CR, mientras que la certificación CR de los productos agrícolas sería apoyada por ventajas fiscales y una política especial de precios. [...].

Considero muy deseable que en este año último nos concentremos en tales cuestiones y que aconsejemos al Consejo (de Ministros) con propuestas bien fundamentadas”.

S. L. Mansholt.

2. UNA MACROECONOMÍA ECOLÓGICA

La socialdemocracia europea dejó de lado a Sicco Mansholt. En la década de 1980, nacieron los Verdes en Alemania mientras las NNUU publicaron el Informe Bundtland (dirigente socialdemócrata noruega) quitando fuerza a la crítica ecológica de la economía, predicando la compatibilidad entre desarrollo económico y sustentabilidad ambiental. Casi cuarenta años después de Sicco Mansholt, coincidiendo con la crisis económica de 2008-09 en los países más ricos pero con raíces en décadas de trabajo en economía ecológica, se presentan las grandes líneas de una teoría macroeconómica-ecológica en los libros de de Tim Jackson y de Peter Victor titulados respectivamente *Prosperity without Growth* y *Managing without Growth* renunciando a las jaculatorias y letanías del desarrollo sostenible, la eco-eficiencia, la modernización ecológica, la desmaterialización, la curva de Kuznets ambiental. Ambos libros abandonan la perspectiva de un crecimiento económico continuo que ha sido base de la macroeconomía desde que la economía keynesiana (que quería poner remedio en el corto plazo a las crisis económicas mediante el *deficit spending*) se convirtió en una doctrina del crecimiento económico a largo plazo a partir de los modelos de Harrod y Domar en la década de 1950.

Por otro lado, desde la economía ecológica, se ha entablado un combate de largo alcance no tanto contra el keynesianismo como contra el fundamentalismo del mercado (cuyo origen puede verse en la polémica de Otto Neurath contra Von Mises y Hayek en Viena en los años 1920 y 1930 sobre el cálculo económico en una economía socialista) (Martínez-Alier y Schlüppmann, 1987, 1991). El mercado no resuelve los problemas de la elección entre un mayor consumo actual y los inconvenientes o pérdidas ambientales futuros como son el ago-

tamiento de recursos, el cambio climático, la pérdida de biodiversidad. El mercado es miope de cara al futuro y olvida también las necesidades de los pobres. El mercado causa continuamente “externalidades” que hemos de entender no tanto como fallos del mercado sino como éxitos en transferir costos a los pobres (siguiendo la regla de Lawrence Summers), a las futuras generaciones y a las otras especies. La economía de mercado no asegura la reproducción social ni ecológica. El mercado no da precio a los trabajos cuidadosos sin los cuales moriríamos pocas horas tras nacer. El mercado no consigue producir la energía y los materiales que usamos en las economías industriales sino puramente logra su extracción y su pérdida, como es la disipación de la energía de los combustibles fósiles.

Los keynesianos son distintos a los fundamentalistas del mercado. Keynes señaló que en caso de crisis económica (por falta de inversión privada), lo que no debía hacerse era dejar que el desempleo se solucionara con la baja de salarios porque eso solo podría provocar más falta de demanda agregada en la economía. El Estado debía gastar más, debía incurrir en deudas, para hacer inversiones públicas y gastos sociales que compensaran la falta de inversión privada. En cambio, el fundamentalismo del mercado se atreve a argumentar que la actual crisis económica en los países ricos y allegados como México o España, se debe a un exceso de regulación estatal. En la pelea entre keynesianos y fundamentalistas del mercado, los economistas ecológicos somos neutrales, es decir, nos oponemos a ambos pero menos al keynesianismo especialmente cuando este se viste de “verde” a corto plazo aunque sí seamos contrarios a la doctrina de los seguidores de Keynes del crecimiento a largo plazo.

En la intensa pelea entre la economía ecológica y el fundamentalismo del mercado desde los años 1970 y 1980 (lean por ejemplo el intercambio de cartas de Nicholas Georgescu-Roegen y Milton Friedman de 1972 sobre el pico del petróleo de Hubbert, Bonaiuti. 2011), creo que los economistas ecológicos vamos ganando. En América latina a partir de 1973 y hasta hoy hubo como un sarampión neoliberal, con el gobierno militar de Pinochet al empezar pero con gobiernos electos del PRI, del peronismo (Menem) y hasta del APRA (con Alan García en su segunda presidencia) aunque hay que reconocer que en la historia de América latina fiar el éxito económico a las exportaciones de bienes primarios no es algo ajeno desde 1820.

La batalla entre el fundamentalismo del mercado y el ecologismo es una gran batalla de nuestra época, en la que la socialdemocracia keynesiana del Informe Brundtland y el sistema de NNUU mediaron en 1987 con argumentos intelectualmente débiles pero muy jaleados según las cuales crecimiento económico y sustentabilidad ecológica eran compatibles, lo que reaparece para Rio de Janeiro en 2012 como “economía verde”.

En las relaciones y debates entre la economía ecológica y el keynesianismo, hay que considerar las notables aportaciones de Tim Jackson y de Peter Victor, muy similares entre sí. El segundo propone un modelo de simulación para la economía canadiense donde se consigue un nivel de ingreso per capita parecido al actual o levemente inferior al tiempo que se evita el crecimiento de la deuda pública, la autoridad monetaria evita la inflación, se logra disminuir la producción de gases con efecto invernadero y evitar el desempleo (al disminuir los horarios y al repartir el trabajo). El modelo equilibra las magnitudes macroeconómicas (la oferta total potencial con la demanda efectiva agregada, y las cuentas del sector exterior). Podemos manejarnos sin crecimiento, concluye Victor. Nuestro nivel de vida es ya suficiente, lo que hace falta es cuidar de dos problemas principales: disminuir el riesgo mundial de cambio climático y, en Canadá, establecer instituciones que eviten o mitiguen el desempleo que surge cuando la economía no crece. A esos objetivos macroeconómicos muy distintos de los que propone la OECD, corresponde una teoría macroeconómica ecológica.

Lo mismo ocurre con Tim Jackson cuyo libro *Prosperidad sin Crecimiento*³ podría llamarse también *Un Buen Vivir sin Crecimiento Económico*. No se limita a repetir las críticas del PIB desarrolladas por la economía feminista y la economía ecológica hace más de treinta años. Al igual que Peter Victor, Tim Jackson va más allá y desarrolla los fundamentos de una macroeconomía ecológica sin crecimiento económico. Jackson tuvo a su cargo redactar un informe oficial entre 2003 y 2009 de una comisión de desarrollo sostenible nombrada por el gobierno laborista británico. El libro es algo poste-

rior y tiene en cuenta plenamente la crisis económica iniciada en 2008-09.

Una pregunta básica es si una economía que descansa en un consumo creciente de materiales y de energía estimulado por el aumento de las deudas privadas y públicas puede ser ecológicamente sostenible y socialmente viable, además de ser económicamente equilibrada, sin entrar en crisis. Tales preguntas han estado presentes en los trabajos de Nicholas Georgescu-Roegen, Herman Daly, Robert Ayres y la escuela de economía ecológica desde finales de la década de 1960 y la década de 1970. ¿Hay límites físicos al crecimiento? – se preguntó el informe de los Meadows en 1972. Tanto Jackson como Victor son integrantes de esa escuela de economía ecológica, habiendo publicado notables artículos en la revista del mismo nombre. Victor se preguntó cómo sería posible medir en dinero el “capital natural” cuando el valor del propio capital manufacturado dependía de la tasa de ganancia, y esa dependía, entre otros factores, de la capacidad (o incapacidad) de los asalariados de arrebatar una parte de la ganancia a los capitalistas, como había mostrado Sraffa. El valor del mal llamado capital natural iba a depender de quien pudiera imponer rentas sobre su uso y del nivel de esas rentas.⁴

Jackson hizo notar su presencia con estudios empíricos sobre la intensidad material del consumo, es decir, se preguntó si los crecientes consumos de bienes y servicios que no eran ya de subsistencia (en Gran Bretaña, a partir del fin del periodo del racionamiento en 1950) eran consumos que requerían muchos materiales o eran por el contrario más “desmaterializados”.⁵ En línea similar a Max-Neef que distinguió entre “necesidades” y “satisfactores” en “el desarrollo con rostro humano”, Jackson avanza en el estudio de los determinantes psicológico-sociales del consumo aportando nuevas ideas a las del consumo conspicuo de Veblen y los bienes posicionales de Fred Hirsch.

Jackson muestra cómo el gasto de los consumidores financiado con deuda (y no con aumentos de salarios como en la pauta fordista que ya no es válida) aumentó mucho en los años anteriores a la crisis del 2008 en los países que pertenecen a la

³ Publicado en castellano en 2011 por la editorial Icaria, Barcelona.

⁴ Peter Victor, “Indicators of sustainable development: some lessons from capital theory”, *Ecological Economics* 4(3), 1991, 191-213.

⁵ Tim Jackson & Nic Marks, “Consumption, sustainable welfare and human needs—with reference to UK expenditure patterns between 1954 and 1994”, *Ecological Economics*, 28(3), 1999, 421-441.

variedad de capitalismo que podemos llamar anglosajón aunque incluye también a Irlanda y a España. No ya la deuda de los consumidores sino la deuda pública ha crecido tras el 2008, por el rescate de bancos y por el gasto público al aumentar el desempleo y al tratar de aumentar la demanda total mediante inversiones públicas. Lejos de hacerse ilusiones sobre si esas inversiones o subsidios públicos que a veces financian la renovación del parque de automóviles o la energía eólica) señalan el camino a una “economía verde” que permita continuar el crecimiento, Jackson insiste en que ni las deudas privadas ni las públicas pueden ser combustibles del crecimiento.

Cuando las deudas aumentan, ¿cómo pueden ser pagadas? Una manera (que rara vez se predica públicamente) es la inflación, es decir la pérdida de valor del dinero al aumentar los precios. Otra manera es empobrecer a los deudores, reducir salarios de los funcionarios, aumentar impuestos, bajar las pensiones, aunque eso tropieza con límites sociales y políticos, y causa además un agravamiento de la crisis por falta de demanda. Y una tercera manera de pagar las deudas (la que economistas keynesianos como Krugman y Stiglitz predicaban día tras día) consiste en el crecimiento económico.

Ahora bien, el crecimiento económico no está bien medido, es anti-ecológico y no lleva necesariamente a mejorar el bienestar a partir de cierto umbral de ingresos. No solamente el PIB deja de sumar los trabajos cuidados y voluntarios no remunerados, no solo deja de restar los daños ambientales (mientras incongruentemente sí suma los gastos compensatorios), sino que además, como muestra Jackson, no existe correspondencia uniforme entre aumentos del PIB y aumento de satisfacción vital y felicidad. Desde los estudios de Easterlin, esas investigaciones han crecido mucho. Más allá de unos 15 000 dólares de ingreso anual per capita no hay relación firme entre crecimiento económico y esas medidas de bienestar basadas en encuestas.

3. METABOLISMO SOCIAL Y DEUDAS FINANCIERAS IMPAGABLES

El tema de la deuda es uno de los que más diferencian a los economistas ecológicos de los key-

nesianos. Los economistas ecológicos estamos contra el endeudamiento. Vemos la economía como si estuviera compuesta de tres niveles.

Arriba está el ático y sobre-ático, una lujosa penthouse bien amueblada y con abrigadas alfombras, con salones de ruleta y baccarat, donde se anotan y negocian las deudas que durante un tiempo pueden crecer exponencialmente. Los habitantes de este piso quieren mandar en todo el edificio, imponiendo la “Deudocracia”⁶. El ronroneo de la sala de computadoras señala cómo las deudas van multiplicándose a interés compuesto. Pero no todos los deudores resultan ser solventes, algunos envían mensajes desde el piso inferior declarándose en quiebra. Entonces, de la azotea llena de antenas y con un helipuerto, de vez en cuando salta un suicida banquero acreedor.

En medio, está un enorme piso con mucha gente atareada, que parece ser el principal ya que contiene la llamada economía productiva o economía real donde se producen y consumen bienes y servicios, una mezcla de gran fábrica de automóviles y de enseres domésticos, de solar en construcción y de ruidosos grandes almacenes en época de rebajas.

Por abajo está la economía “real-real”, el sótano con la sala de máquinas, la entrada y el depósito del carbón y otros materiales, y la sucia habitación de las basuras. Ese sótano proporciona energía y materiales al edificio y también sirve de sumidero, la porquería se filtra al acuífero. No importa, dicen, eso se soluciona añadiendo otro departamento a la economía productiva del primer piso: el de depuración y venta de agua.

Antes de la crisis del 2008-09 no solo las finanzas se habían desbocado tirando de la economía productiva en direcciones equivocadas, inútiles, imposibles (en España, más de un millón de nuevas viviendas endeudadas y sin comprador, e infraestructuras excesivas), sino que los sectores productivos se olvidaron de las máquinas del sótano hasta que el aumento brutal de precios de materias primas y del petróleo en la primera mitad del 2008 les despertó de su sueño metafísico. Pero es que además incluso esos altos precios del petróleo no señalan lo bastante su escasez y costos de largo plazo. El cuarto de las basuras se va llenando tam-

⁶ Debtocracy –Χρεοκρατία– Deudocracia es un documental realizado por los periodistas griegos Katerina Kitidi y Ari Hatzistefanou, 2011.

bién. Pero la contaminación continúa siendo gratuita. No hay límites efectivos a la producción de gases con efecto invernadero y no se paga nada por la destrucción de biodiversidad.

Frederick Soddy tenía el premio Nobel de Química del año 1921 y era catedrático en Oxford. Le dio por escribir de economía, distinguiendo entre la riqueza “virtual” de las deudas y la riqueza real pero efímera proporcionada por la energía de los combustibles fósiles. Herman Daly lo cita y coincide con él frecuentemente (por ejemplo, al proponer que el sistema bancario sea obligado a un coeficiente de caja del 100 por ciento) al igual que otros economistas ecológicos aunque Jackson se olvida de citarlo. Resulta fácil, escribió Soddy, que el sistema financiero haga crecer las deudas (tanto del sector privado como del sector público), y es fácil sostener que esa expansión del crédito, esa riqueza virtual, equivale a la creación de riqueza verdadera. Sin embargo, en el sistema económico industrial, el crecimiento de la producción y del consumo implica a la vez el crecimiento de la extracción y destrucción final de los stocks de combustibles fósiles. Esa energía se disipa, no puede ser reciclada. En cambio la energía del sol (que también se disipa, pero cuyo flujo durará muchísimo tiempo) sería riqueza permanente para la humanidad. La contabilidad económica es por tanto falsa porque confunde el agotamiento de recursos y el aumento de entropía con la creación de riqueza.

La obligación de pagar deudas a interés compuesto se podía cumplir apretando a los deudores durante un tiempo, o mediante la inflación que disminuye el valor del dinero. Una tercera vía era el crecimiento económico que, no obstante, está falsamente medido porque se basa en recursos agotables infravalorados y en una contaminación sin costo económico. Esa era la doctrina de Soddy, ciertamente aplicable a la situación actual.

Al llegar la crisis económica en el 2008, el precio del petróleo cayó a partir de julio pero se recuperó en parte, porque estamos llegando al pico de extracción, por la acción de la OPEP y por la creciente demanda en los países como China, India, Brasil, Indonesia, cuya economía crece. Al alcanzar nuevas fronteras en los territorios de extracción, la bajada de la curva de Hubbert será terrible política y ambientalmente. Hay ya grandes conflictos desde hace años en el Delta del Níger y en la Amazonía de Ecuador y Perú contra compañías como la Shell, la Chevron-Texaco, la Repsol, la Oxy, sin que éstas

quieran pagar sus pasivos ambientales y sociales. También hay conflictos con la extracción y transporte del petróleo de las arenas bituminosas de Alberta en Canadá.

Ante la escasez de energía barata para impulsar el crecimiento, ante el aumento del costo energético de conseguir energía (o descenso del EROI), hay quien quiere recurrir masivamente a otras fuentes de energía como la nuclear y los agro-combustibles, pero eso aumenta los problemas ambientales, sociales y políticos. El accidente de Fukushima de 2011 (que tras Three Mile Island en 1979 y Chernobyl en 1986 ha elevado de dos a cinco los casos de pérdida de refrigeración del reactor que daña su núcleo), ha quitado partidarios a la energía nuclear y además subsisten los problemas de la proliferación militar y del control de los residuos. Por suerte, la energía eólica y fotovoltaica está aumentando, y muchísimo más deberá aumentar simplemente para compensar el descenso de la oferta de petróleo en las próximas décadas. El gas natural también crece y llegará a su pico de extracción en un tiempo que no sabemos cuál es aun, tal vez 40 años. La oferta de gas de esquisto crece pero tropieza con protestas ambientales locales. Los depósitos de carbón mineral son muy grandes (la extracción de carbón creció siete veces en el siglo XX) pero el carbón produce localmente daños ambientales y sociales, y también es dañino globalmente por las emisiones de dióxido de carbono. Hay problemas en la sala de máquinas y en el depósito de las basuras.

Los economistas ecológicos (aunque menos distantes de los keynesianos que de los fundamentalistas del mercado) estamos contra el crecimiento de las Deudas porque somos escépticos respecto del crecimiento económico. Jackson reitera los llamados a la “prudencia financiera” no solo por los riesgos de impago (*default*, conocidos en la historia económica y política de Alemania y otros países europeos desde la España de Felipe II y también en América latina desde la Independencia hasta hace muy pocos años) sino porque las Deudas fuerzan al crecimiento económico y éste debe ser evitado hoy en día por razones ecológicas e incluso por razones sociales en los países ricos.

Las razones ecológicas para parar el crecimiento son diversas. Por un lado, el crecimiento va junto con el aumento de la HANPP (apropiación humana de la producción primaria neta de biomasa) a causa del aumento de alimentos para el gana-

do, agro-combustibles, monocultivos de árboles para madera y pasta de papel, deforestación. Un aumento de la HANPP va en detrimento de la biodiversidad, al dejar menos biomasa a disposición de otras especies. Perjudica también a los propios humanos: la deforestación hace perder servicios ambientales de retención y evaporación de agua, captura de carbono y otros, que son gratuitos pero muy útiles a la humanidad.

En segundo lugar, hay un aumento de las emisiones de gases con efecto invernadero que en su mayor parte provienen de la quema de combustibles fósiles. El nivel actual de emisiones es ya excesivo, más del doble del que sería preciso para estabilizar la concentración de CO₂ en la atmósfera en 450 ppm (que supone ya un gran aumento respecto del nivel de 1900, de 300 ppm). Y esas emisiones aumentan otra vez tras un breve estancamiento en 2008-09. Al hacer los cálculos, escribe Jackson, comprobamos que si las tendencias de aumento de la economía y de la población hasta el 2007 continuaran, entonces para lograr que la concentración de CO₂ en la atmósfera no exceda de 450 ppm en 2050, la “intensidad de carbono” (el cociente entre emisiones de CO₂ y PIB) debería disminuir en las economías ricas más de cien veces. Eso parece imposible. Además hay que tener en cuenta el efecto Jevons o efecto rebote: los aumentos de eficiencia en el uso de energía y de materiales, al abaratar sus costes, pueden provocar más gastos de energía y materiales en una economía que permita y estimule el crecimiento.

Hay que revertir pues la tendencia del crecimiento económico en los países ricos. Eso ya está ocurriendo desde hace 20 años en Japón y ahora, por la crisis, en Estados Unidos y en Europa, pero no por una decisión colectiva deliberada a la que se unan políticas sociales adecuadas. Y hay que esperar que la demografía mundial alcance su pico en unos 8500 millones de personas hacia el 2050.

4. EL ESTIGMA DEL DESEMPLEO: EL SECTOR “CENICIENTA”

Los argumentos ecológicos a favor de una economía sin crecimiento en los países ricos son pode-

rosos. También tiene fuerza, en el texto de Jackson, la discusión sobre el bienestar, la felicidad, la prosperidad y las capacidades para el florecimiento de las personas (*flourishing*, una palabra de significado no muy preciso que puede traducirse por desarrollo del potencial individual y social, la auto-realización, el *épanouissement*). Este “florecimiento” no se consigue mediante el consumo compulsivo de bienes posicionales, que son aquellos bienes (en la definición de Hirsch, 1978) cuyo consumo, al convertirse en algo masivo, reportan satisfacción marginal decreciente.

Frenar el crecimiento económico en los países ricos no solamente es sensato ecológicamente sino que es necesario para la reevaluación social de los bienes comunes, por encima de las adquisiciones individuales. Jackson insiste que la evolución biológica incluyendo la de los humanos ha ganado más de la cooperación (como Kropotkin ya argumentaba) que de la competencia.

A los argumentos de la psicología social podrían añadirse los de la antropología económica, como es la crítica (de Karl Polanyi) de la invasión del sistema de mercado generalizado. Hay que recordar las contribuciones de Arturo Escobar, Gustavo Esteva, Wolfgang Sachs, Shiv Visvanathan, Stephen Marglin, Ashish Nandy contra el desarrollo uniformizador⁷ que tanto apoyo han dado a “decrecentistas” europeos como Serge Latouche y que tanto han influido a la postre para que las nuevas Constituciones americanas de Ecuador y de Bolivia sustituyan el desarrollo uniformizador por el *sumak kawsay*, el Buen Vivir, como objetivo a alcanzar.

Jackson no se dirige a los indígenas, a las ecofeministas, al movimiento global de justicia ambiental. Sino a los estudiantes de economía (para que aprendan teoría macroeconómica ecológica) y a quienes formulan en Europa, en Japón, en Estados Unidos las políticas públicas. Esa apariencia de consejero práctico de los *policy makers* oculta propuestas muy radicales, y eso recuerda la carta de Sicco Mansholt de 1972. A saber, la economía puede ser dirigida en un sendero de estabilidad que excluya el crecimiento al tiempo que evita el colapso de la inversión, que deje de acumular deudas (aunque Jackson no hace un llamado explícito al

⁷ Varias de ellas recogidas en W. Sachs (ed.), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, PRATEC, Lima, 1996 (primera edición en inglés en 1992), con aportaciones también de Ivan Illich, Majid Rahnema, Serge Latouche, Vandana Shiva...

default parcial), y que evite también el aumento del desempleo.

La tendencia al aumento de la productividad laboral suele implicar más energía y materiales y más producción de residuos. Pero este no es el único problema. Lo peor es que el aumento de la productividad laboral causa desempleo. Si no hay crecimiento, el desempleo aumentará por la tendencia al aumento de la productividad laboral debido a los cambios tecnológicos y a la apetencia por la ganancia de los capitalistas que emplean a asalariados, además de las fuerzas de la competencia que llegan del comercio internacional. Sin embargo, el aumento de la productividad laboral es un evangelio de las economías capitalistas. ¿Cómo hacer pues?

En 1980 André Gorz sorprendió a sus lectores socialistas cuando pronunció su *adieu au proletariat* (no en la China ni en la India pero sí en Europa occidental). A Jackson, que es un inglés más pragmático, le preocupa social y psicológicamente “el estigma del desempleo”. Por tanto hay que dar apoyo en la política económica a un gran sector graciosamente llamado “de la Cenicienta”, quien hacía útiles trabajos poco remunerados, y que yo llamaría recordando a William Morris el sector de “Noticias de ninguna parte” de artesanos y horticultores felices y auto-realizados. La propuesta parece ingenua pero está bien argumentada. Hace falta un sector donde la productividad del trabajo, medida en términos económicos, sea baja y además no crezca, para evitar que aumente el desempleo. Será un sector cooperativo que concentre inversiones de restauración ecológica y rehabilitación de viviendas pero también producción de otros bienes y de servicios. Una virtud del sector Cenicienta es precisamente la baja productividad laboral y la capacidad de dar empleo masivo. En términos latino-americanos, un sector informal que produzca útiles bienes y servicios, un sector informal respetado, legalizado, formalizado y apoyado por las políticas públicas, con algunas tecnologías nuevas. En una economía sin crecimiento, la agricultura orgánica, la arquitectura bioclimática, la restauración de objetos domésticos, el sector educativo, los transportes públicos, la energía fotovoltaica, deben crecer.

Muchos trabajos útiles para las familias y la sociedad no están remunerados y podrían estarlo fuera del sector capitalista. Los pensionistas cobran sin ya más trabajar en el sector asalariado. Hay otras políticas para hacer frente al desempleo, des-

vinculando el ingreso del trabajo está ahora. Se podría dar una “renta básica de ciudadanía” a los jóvenes mayores de 16 o 18 años, una propuesta ya antigua que ha sido promovida por el movimiento del decrecimiento en Europa. Jackson la menciona solamente de pasada, precisamente porque le duele que estar desempleado perjudique el standing social de quienes quieren trabajar en el sector asalariado. Jackson discute con mayor atención las propuestas de reparto de trabajo y reducción de horarios, manifestándose a favor de ellas pero con escepticismo respecto a su potencial para absorber el desempleo causado por la falta de crecimiento económico. Su apuesta principal es el sector Cenicienta y el aumento de inversiones sociales y ecológicas (energías renovables, restauración ecológica, rehabilitación de viviendas) financiadas por el estado ya que esas inversiones casi nunca van a dar un rendimiento financiero que las haga atractivas para el sector capitalista. El porcentaje de ahorro en la economía (y el porcentaje de impuestos) deberá pues aumentar, al tiempo que aumenta el papel del sector público. ¿Significa esto un retroceso del “capitalismo”? Jackson aconseja no excitarse con meras palabras. Digan como el señor Spock (en Star Trek): “Tal vez será todavía un sistema capitalista pero no como lo hemos conocido”.

Los exitosos libros de Victor y Jackson de 2008 y 2009 descansan, como los autores reconocen, en los escritos de Herman Daly de los años 1970 sobre el “estado estacionario”. Daly ha insistido que lo importante es analizar la escala o dimensión de la economía, en relación con la capacidad de carga y la resiliencia de los ecosistemas. Ha usado también la aportación de Soddy como crítica a la expansión de la deuda. Me resulta pues difícil entender el malhumorado ataque a la economía ecológica de Alejandro Nadal en la revista electrónica *Sin Permiso* (20/02/2011) bajo el título “El dinero es importante señor Daly: sobre la debilidad teórica de la economía ecológica”. Según Nadal, no existe una macroeconomía ecológica. ¿Cómo desconoce Alejandro Nadal la macroeconomía ecológica de Victor y Jackson? ¿En qué otra macroeconomía se renuncia al crecimiento económico en los países ricos? Nadal no traza la conexión desde los modelos fondos-flujos de Georgescu Roegen a la economía del estado estacionario de Herman Daly, añadiendo las críticas al PIB, revisando la aportación de la economía ecológica contra la “sustentabilidad en sentido débil” buscando

la “sustentabilidad en sentido fuerte” con métodos de estudio del metabolismo social como MEFA, HANPP, agua virtual, hasta llegar a esos textos de macroeconomía ecológica de Víctor y Jackson de 2008 y 2009 muy adecuados para la enseñanza. En un contexto latinoamericano les faltan a esos textos elaboraciones de la etno-ecología (la defensa económico-ecológica de la agricultura campesina por Víctor Toledo, por ejemplo), también les falta lo que hemos venido llamando “el Prebisch ecológico” con recomendaciones de una fiscalidad ecológica a las exportaciones primarias y de apoyo a los movimientos socio-ambientales del ecologismo popular que abundan en México y otros países de la región, para enlazar con el post-extractivismo ecologista de Alberto Acosta y Eduardo Gudynas, con el post-desarrollismo del *sumak kawsay* o Buen Vivir y la introducción constitucional de los Derechos de la Naturaleza.

El pseudo-debate (Kerschner, 2010) en los años 1970 entre Herman Daly y su propuesta del estado estacionario, y Nicholas Georgescu-Roegen partidario de un cierto decrecimiento en economías ricas, ha resucitado en los últimos años en las reuniones y escritos de algunos decrecentistas italianos. Pero de hecho, nadie propone un decrecimiento del 100 por cien. Se propone una contracción y convergencia en el uso per capita de energía y materiales. Así, en cuanto a emisiones de gases de efecto invernadero, se podría acordar un decrecimiento del 80 por ciento en las economías ricas en un horizonte de veinte años. Para la HANPP, se podría acordar un descenso mundial hasta el 20 por ciento, pero con distintos objetivos nacionales y regionales. El decrecimiento debe ser visto como un paso inicial en los países ricos para disminuir el gasto de energía y materiales hacia lo que sea viable en una economía en estado estacionario como la definiera Herman Daly, donde la producción de residuos no exceda la capacidad de asimilación del ambiente, donde los recursos naturales no se exploten más allá de su capacidad de regeneración o de sustitución por renovables, donde se respete la biodiversidad existente, y donde la gente alcance una buena calidad de vida. Estos objetivos de una macroeconomía ecológica son totalmente distintos de la obsesión por el crecimiento de textos como los de Mankiw y Barro y Sala i Martín, por ejemplo, con los cuales se indocina a los estudiantes de macroeconomía para que se olviden de la ecología.

5. EL MOVIMIENTO POR LA JUSTICIA CLIMÁTICA

La energía no puede reciclarse y por tanto, incluso una economía que no creciera y que use combustibles fósiles, necesitaría suministros “frescos” que vengan de las fronteras de la extracción. Lo mismo se aplica a los materiales que en la práctica se reciclan solamente en parte (como el cobre, el aluminio, el acero, el papel), no más del 40 o 60 por ciento. Si la economía crece, la búsqueda de fuentes de energía y materiales es mayor, la presión en las fronteras de la extracción es más intensa y de ahí la fuerza de tantos movimientos de protesta a favor de la justicia ambiental.

Hay una acumulación de beneficios y de capital mediante la desposesión o expropiación en esas fronteras (como escribió David Harvey en 2003) o una *Raubwirtschaft* (un término usado por geógrafos hace cien años) y hay también una “acumulación mediante la contaminación” con lo que queremos decir que los beneficios aumentan por la posibilidad de echar a la atmósfera, al agua o a los suelos, sin pagar nada o pagando poco, los residuos producidos. Que el precio de la contaminación sea bajo o nulo no indica un “fallo del mercado” sino un éxito (provisional) en transferir los costos sociales a la gente pobre y a las futuras generaciones. Eso es evidente en el caso de los gases con efecto invernadero. Por eso hay protestas bajo el nombre de “justicia climática”.

Se sabe desde finales del siglo XIX, por los trabajos de Svante Arrhenius, que la quema de combustibles fósiles haría aumentar la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera y por tanto podría hacer cambiar el clima. Durante noventa años, hasta 1985 y la formación del IPCC (el panel internacional sobre cambio climático), el tema fue excluido de la agenda política internacional.

La justicia climática tiene aspectos intergeneracionales y aspectos intrageneracionales, que veremos uno después del otro.

En el tema intergeneracional, la cuestión es, ¿qué sacrificios económicos conviene hacer ahora para evitar los daños que las generaciones futuras sufrirán por el cambio climático? Los economistas (tanto keynesianos como fundamentalistas del mercado) están todavía metidos en sus doctrinas del crecimiento económico y esa hipótesis del crecimiento económico explica que usen tasas de descuento positivas en sus valoraciones. La fe metafísi-

ca en el crecimiento justifica a sus ojos la infravaloración del futuro porque piensan que gracias a las inversiones actuales y al cambio tecnológico, nuestros descendientes serán más ricos y la satisfacción adicional que obtengan al aumentar el consumo será menor a la nuestra. La hipótesis de un crecimiento continuo justifica el uso actual de más recursos agotables y la producción de más contaminación ya que suponen que nuestros descendientes serán más ricos y podrán hacer frente fácilmente a esos inconvenientes. Ahora bien, de hecho, el crecimiento, si se produce con tecnologías similares a las actuales, lo que va a hacer es empobrecer a las futuras generaciones porque tendrán un medio ambiente degradado y menor calidad de vida.

Vean el razonamiento de un economista muy anti-ecologista y muy reconocido como teórico del crecimiento económico como es Xavier Sala i Martin que suele escribir diáfanos artículos en el diario *La Vanguardia* de Barcelona. El que cito es de 10 de abril de 2007. Según Sala i Martin, el principio del descuento implica que restringir actualmente las emisiones de dióxido de carbono, con elevados gastos en el presente, no deberían adoptarse a no ser que los costes futuros del cambio climático sean descomunales. Esa es la conclusión a la que llegan estudios como los de William Nordhaus de la Universidad de Yale. Pero Nicholas Stern en su famoso informe contradice esos trabajos y concluye que deberíamos gastar hasta un 15% de nuestro PIB para evitar el cambio climático. Las conclusiones de ambos economistas son diametralmente opuestas. ¿Cómo se explica la diferencia? (pregunta Sala i Martin). Cuando se usa una baja tasa de descuento (el caso de Nicholas Stern) se concluye que vale la pena gastar mucho hoy para evitar los daños futuros y cuando se utiliza el 6% (Nordhaus), no. Así de simple.

Tras esta introducción, Sala i Martin se pregunta temerariamente qué tasa de interés deberíamos utilizar para tomar decisiones racionales sobre el cambio climático. Su respuesta es ésta: “Los ecologistas usan un argumento de tipo ético para defender la aplicación del 0%: descontar el futuro, dicen los ecologistas, es dar menos peso o menos valor, a generaciones futuras y eso es una injusticia. Este argumento es atractivo... aunque muy debatible. Por ejemplo, el principio de justicia de Rawls requiere dar más importancia a los grupos de personas más desfavorecidos. Stern acepta este criterio

cuando compara regiones del mundo ya que da mayor peso a África porque es pobre. En una incomprensible pirueta intelectual, Stern no aplica la misma regla cuando compara generaciones. *Al fin y al cabo, nuestros hijos no sólo van a heredar un planeta más caliente. También heredarán una tecnología y unas instituciones que les van a permitir ser mucho más ricos que nosotros.* Si es de justicia Rawlsiana dar más peso a los africanos porque son pobres, entonces uno tiene que dar más importancia a las generaciones presentes porque también son pobres en relación a las futuras. Es decir, es de justicia aplicar un tipo de interés o de descuento a la hora de evaluar costes intergeneracionales por lo que las conclusiones de Stern están equivocadas”.

He subrayado las palabras que revelan una suerte de religión, una creencia. Sala i Martin cree que nuestros descendientes serán más ricos, auto-engañado por los supuestos de los modelos que él construye. Habrá mejoras tecnológicas inducidas por el propio crecimiento que llevarán a más crecimiento. Los supuestos sustituyen a la investigación de los límites a los sumideros de residuos y a la disponibilidad de energía y materiales. La fe en el crecimiento económico lleva a infravalorar el futuro y lleva por tanto al *carpe diem*. Gocemos ahora aunque dejemos en herencia un mundo con menos biodiversidad, con servicios ambientales degradados, con residuos nucleares, con cambio climático; no importa, nuestros descendientes serán por hipótesis más ricos que nosotros y sabrán hacer frente a esos daños y los compensarán de alguna manera.

Los economistas infravaloran el futuro porque suponen que nuestros descendientes van a ser más ricos, y por tanto en los hechos les vamos a dejar un mundo empobrecido y contaminado. La “paradoja del optimista”. Contra ese optimismo metafísico (que lleva a infravalorar el futuro), lo que simplemente hace falta para que nuestros descendientes estén peor que nosotros y para que otras especies desaparezcan es continuar como vamos. Ahora bien, no solo continuamos al mismo ritmo sino que queremos aumentar el ritmo. La economía mundial, con China e India a la cabeza, pero también Alemania y otros países en el pelotón delantero, creció 4 por ciento en 2010 (sin restar los daños ambientales). Lo que es crecimiento del PIB se notará también en el aumento de la “huella ecológica” (un índice que suma el uso del suelo y las emi-

siones de dióxido de carbono), tras una breve interrupción de su marcha creciente por la crisis del 2008-09.

En lo que respecta a la justicia climática intrageneracional, hay un vasto movimiento de la sociedad civil que se hizo muy presente en Copenhague en 2009 y en Cancún en 2010, como seguramente lo estará en Durban en diciembre 2011, mientras los estados junto con la burocracia de NNUU están abandonando los objetivos obligatorios de reducción de emisiones.

Al igual que en Copenhague en diciembre del 2009, la cumbre en Cancún de diciembre 2010 debió terminar con un acuerdo internacional que reemplace al Protocolo de Kyoto, que vence en el 2012. La negación a reducir las emisiones por parte de Estados Unidos impide un acuerdo. Hay una ola de irracionalismo en la sociedad de Estados Unidos donde muchos niegan la física del aumento del efecto invernadero como otros o los mismos oponen el creacionismo bíblico a la biología de Darwin.

En el año 2005, un habitante promedio norteamericano emitió 19,5 toneladas métricas de CO₂, un chino, 4,3. Había unos 300 millones de norteamericanos en el planeta, 1.300 millones de chinos. En otras palabras, el cambio climático no se dispara ya de manera totalmente incontrolada en respuesta a concentraciones de 600 o 700 ppm porque China, la India y los países más pobres del mundo han emitido y emiten por persona mucho menos que los ricos. Históricamente, los países ricos tienen una gran deuda climática acumulada. Desde el 1990 han aumentado las emisiones en todo el mundo (EEUU, un 13%), excepto en algunos países europeos. Desde Kyoto en 1997 también han aumentado, excepto otra vez algunos países europeos. Hasta el 2007 las emisiones mundiales crecían al 3% al año, cuando deben disminuir cuanto antes. La crisis de 2008-09 hizo frenar el aumento de emisiones un par de años, pero éstas continúan excediendo lo tolerable al menos en un 50 por ciento.

En Cancún, los países del Sur no tuvieron una postura fuerte de reclamo contra las excesivas emisiones per capita actuales e históricas de los países ricos. Eso es lástima, porque esos reclamos, además de ser justos, ayudan a quienes internamente en Europa, Japón, Estados Unidos, propugnan una disminución de las emisiones y no creen ya en el crecimiento económico. Sabemos por el corte de

ayuda económica de Estados Unidos a Ecuador y Bolivia tras Copenhague 2009 y por las revelaciones de Wiki-leaks que Todd Stern (que no tiene relación con Nicholas Stern, el economista británico) y sus colegas de la diplomacia estadounidense recurrieron a las amenazas y promesas de donaciones monetarias (casos de Etiopía y las Maldivas) para lograr que los gobiernos del Sur renuncien a exigir la deuda ecológica y a pedir rápidas reducciones de emisiones.

Es preciso reducir las emisiones en un 50 o 60 por ciento. Por tanto hay que reducir la velocidad con que extraemos y quemamos los combustibles fósiles que son su fuente principal. En concreto se plantea la cuestión: ¿dónde dejar gas, petróleo o carbón en tierra? La respuesta es: allí donde el ambiente local es más sensible, tanto en términos sociales como ecológicos; allí donde la biodiversidad local vale más. Este es el caso del Parque Nacional Yasuní en Ecuador donde los grupos ecologistas propusieron y el gobierno de Rafael Correa aceptó en 2007, dejar en tierra el petróleo en los campos ITT (850 millones de barriles) para preservar la biodiversidad, garantizar la vida de pueblos indígenas no contactados, y a mismo tiempo evitar la emisión de unos 410 millones de toneladas de dióxido de carbono que se producirían al quemar ese petróleo. Una iniciativa del Sur.

El cambio climático genera transformaciones naturales irreversibles e irreparables. Se acidifican los océanos. En los países andinos centrales, desaparecen los glaciares bajo los 6000 metros. Los países ricos tienen una deuda ecológica con los países del Sur. El reconocimiento de esa deuda ecológica es un tema que ha pasado de la sociedad civil a los discursos de algunos cancilleres y de presidentes pero que no se hace operativo. Los fondos provenientes del pago de la deuda ecológica histórica podrían dirigirse a inversiones ecológicas como las que recomienda Tim Jackson, pero a escala internacional: conservación de los bosques, los manglares, las fuentes de agua y la biodiversidad; la adaptación de ecosistemas y grupos humanos vulnerables, y la transición hacia energías alternativas. No se trata de que los países ricos del Norte den créditos de "adaptación" a los países que no tienen responsabilidad histórica, o tienen muy poca, por el cambio climático. Mucho menos, que esos créditos actúen como nuevos mecanismos de endeudamiento financiero para los países del Sur. Es una cuestión ética: los países del Norte deberían reconocer

su responsabilidad financiera y social con las generaciones actuales y futuras. Pagar la deuda histórica es como pagar una multa justa.

Los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón no reconocen esta deuda pero en Copenhague en diciembre del 2009 por lo menos 20 presidentes de Estado o de gobierno mencionaron explícitamente la deuda ecológica (o deuda climática). Algunos usaron la palabra “reparaciones”. Pablo Solon, el valiente embajador de Bolivia en las NNUU hasta el 2011, se quedó solo en Cancún en el 2010 en sus acertadas protestas. El ya había dicho en Copenhague en el 2009 que “admitir responsabilidad por el cambio climático sin tomar las acciones necesarias para hacerle frente, es como si alguien le pega fuego a tu casa y después se niega a pagarla. Aunque el fuego se hubiera iniciado sin querer, los países industrializados, con su inacción política, han seguido echando gasolina al fuego... No tiene justificación alguna que países como Bolivia tengan ahora que pagar esa crisis climática que implica una enorme carga sobre nuestros recursos limitados para proteger a nuestra gente de esta crisis causado por los ricos y por su sobre-consumo... Nuestros glaciares están en regresión, las fuentes de agua se secan. ¿Quién debe hacer frente a eso? A nosotros nos parece justo que el contaminador pague, y no los pobres. No estamos aquí asignando culpabilidad sino solamente responsabilidad. Como dicen en Estados Unidos, si lo rompes, lo pagas”.

El trasfondo al discurso de Pablo Solon en Copenhague fue la declaración de Todd Stern (como principal negociador de Estados Unidos) en una conferencia de prensa el 10 de diciembre del 2009. “Reconocemos absolutamente nuestro papel histórico en poner las emisiones en la atmósfera, allá arriba... Pero el sentido de culpa o el tener que pagar reparaciones, eso lo rechazo categóricamente”.⁸ A esta controversia se añadió inesperadamente el economista Jagdish Bhagwati, profesor de Columbia University en Nueva York, en un artículo en el *Financial Times* el 22 de febrero del 2010. Sin reconocer ni la literatura activista (www.deudaecologica.org) ni la académica sobre el tema desde 1991, Bhagwati escribió que los Estados Unidos al enfrentarse a problemas de contaminación tras el escándalo de Love Canal creó en 1980 la legislación llamada Superfondo (la ley se llama

oficialmente CERCLA) que exige que la compañías responsables eliminen los residuos tóxicos e indemnicen los daños causados. Añadía Bhagwati que esta legislación implica una responsabilidad “estricta” en el sentido legal, de manera que la responsabilidad existe aunque no se supiera entonces que los materiales vertidos eran tóxicos. En cambio, Todd Stern rechazaba esta tradición legal interna de Estados Unidos al rechazar cualquier obligación y pago por las emisiones pasadas que afectaban otros territorios. Estados Unidos debía dar marcha atrás en este punto, según Jagdish Bhagwati. Todos los países ricos debían aceptar sus pasivos ambientales en proporción a su parte de emisiones históricas de dióxido de carbono como las contabiliza el IPCC. El pago sería por daños y perjuicios, por tanto esos fondos no debían ser parte de la habitual ayuda al desarrollo, eso sería indignante.

Efectivamente, el reclamo de compensaciones por la deuda climática se hace sentir en la calle, en los foros alternativos, en algunas cancillerías veinte años después de la conferencia de Rio de Janeiro de 1992. Existen cálculos al respecto. Srinivasan y otros autores, incluido el economista ecológico de Berkeley, Richard Norgaard, cuantificaron en unos 2 millones de millones de dólares (2008) la deuda ecológica acumulada del Norte al Sur, la mayor parte a cuenta de la deuda climática. Ese cálculo se publicó en los *Proceedings of the National Academy of Sciences*, indicando la credibilidad académica del concepto de deuda ecológica.

6. EL ECOLOGISMO DE LOS POBRES, ALIADO DE LOS MOVIMIENTOS POR EL DECRECIMIENTO Y EL ESTADO ESTACIONARIO

Supongamos que una compañía minera, como Vedanta, Tata o Birla, contamina el agua en una aldea de la India por la minería de bauxita, de hierro o de carbón. Las familias no tienen otro remedio que abastecerse del agua de los arroyos o de los pozos. El salario rural es algo más de un euro al día. Si los pobres han de comprar agua, todo su salario se iría simplemente en agua para beber para ellos y sus familias. Asimismo, si no hay leña como combustible, al comprar gas licuado de petróleo, como preferirían, gastarían el salario semanal de una persona para adquirir un cilindro de 14 kgs. La

⁸ <<http://www.climate-justice-now.org/bolivia-responds-to-us-on-climate-debt-if-you-break-it-you-buy-it/>>.

contribución de la naturaleza a la subsistencia humana de los pobres no queda pues bien representada en términos monetarios. El asunto no es crematístico sino de subsistencia. Sin agua, leña y estiércol, y pastos para el ganado, la gente empobrecida simplemente se muere. Las mujeres son las primeras que protestan. Precisamente la problemática ecológica no se manifiesta en los precios, pues los precios no incorporan costos ecológicos ni tampoco los trabajos cuidadosos ni los productos y servicios naturales necesarios para la reproducción social.

En la contabilidad macroeconómica se puede intentar introducir la valoración de las pérdidas de servicios de los ecosistemas y de biodiversidad ya sea en cuentas satélites (en especie o en dinero) ya sea modificando el PIB para llegar a un PIB “verde”. Pero en cualquier caso, la valoración económica de las pérdidas tal vez sea baja en comparación con los beneficios económicos de un proyecto que destruya un ecosistema local o que destruya la biodiversidad. Lo mismo se aplica a nivel macroeconómico: un aumento del PIB ¿compensa el daño ambiental? Esa es la perspectiva de la “sustentabilidad débil” y no la de la economía ecológica, que argumenta a favor de la inconmensurabilidad de valores.

La Corte Suprema de la India ha ordenado incluir en los costos de los proyectos el Valor Neto Actualizado de los bosques destruidos (según sus productos maderables y no maderables, tanto los que van al mercado como no, y según los servicios ambientales afectados, todo ello actualizado a una arbitraria tasa de descuento). En general, eso no va a impedir que se realice un proyecto minero o una hidroeléctrica. En cambio, eso sí puede ocurrir cuando se esgrimen valores como los derechos territoriales indígenas o la sacralidad de una arboleda o un cerro.

De ahí la idea del “PIB de los pobres”⁹, sobre todo de las mujeres pobres. En otras palabras, si el agua de un arroyo o del acuífero local es contaminada por la minería, los pobres no pueden comprar agua en botella de plástico, por tanto, cuando la gente pobre del campo y especialmente las mujeres, ven que su propia subsistencia está amenazada por un proyecto minero o una represa o

una plantación forestal o una gran área industrial, a menudo protestan no porque sean ecologistas sino porque necesitan inmediatamente los servicios de la naturaleza para su propia vida.

Sunita Narain, del Centre de Ciencia y Medio Ambiente de Nueva Delhi, escribió en la revista *Business Standard* el 10 de enero de 2011:

“The year 2010 was a loud year for the environment. High profile projects — from Vedanta to Posco and Navi Mumbai airport and now Lavasa — hit the headlines for non-compliance with environmental regulations. While 2009 was the 25th anniversary of the Bhopal gas tragedy, it was only last year that we were all outraged by the disaster...It was also in 2010 that in Cancun, the world took the final step to deny the problem of climate change. It agreed to do nothing to reduce its emissions — at the scale and pace needed[...]. ...virtually all infrastructure and industrial projects — from mining to thermal and hydel and nuclear power to cement or steel — are under attack today from local communities who fear loss of livelihoods. . They know that when the land is mined and trees are cut, their water source dries up or they lose grazing and agricultural fields. They are saying, loudly and as clearly as they can, what we call development will only make them poorer. This is the environmentalism of the poor...”

Ese es el “ecologismo de los pobres” presente en tantos movimientos de resistencia en las fronteras de la extracción y de la contaminación. Lo vemos actualmente en México en la resistencia a la presa de La Parota o la de El Zapotillo en Jalisco o Las Cruces en el río San Pedro en Nayarit (de parte de indígenas Cora aguas arriba y también de quienes pescan o recogen ostiones en el estuario), en la resistencia contra los talamontes por los “campesinos ecologistas” de Guerrero o la comunidad de Cheran en Michoacán, en la resistencia a la minería a cielo abierto en tantos lugares, como Real de Catorce en San Luis Potosí donde los Huichol explican que hay cerros sagrados que no tienen precio.¹⁰

⁹ Introducida en el primer informe del proyecto TEEB (The Economics of Ecosystems and Biodiversity) en 2008.

¹⁰ “De nueva cuenta (tras miles de veces que los wixaritari se han pronunciado en defensa de Virikuta, o Desierto de Coronado, sin duda uno de los lugares sagrados más importantes de Mesoamérica y Aridoamérica), las comunidades [...] que conforman el pueblo wixárika elevan su voz para protestar por las modificaciones a las leyes de minería que sirven en charola de plata los lugares más recónditos de los territorios indígenas a las compañías mineras transnacionales, como es el caso de First Majestic Silver...” <<http://rema.codigosur.net/leer.php/8762027>>.

Esos miles de conflictos por la justicia ambiental y social hoy en día en México y otros países se deben al aumento del metabolismo social. Se forman redes en defensa de las comunidades contra la minería, en defensa de los bosques y de los ríos, se forman asambleas de afectados. Rara vez se hace justicia, por eso es animador que Chevron haya sido condenada a una indemnización de casi USD 20 mil millones en Ecuador por daños por extracción de petróleo entre 1970 y 1990, y también lo que está sucediendo en el caso del activista Mariano Abarca en Chicomuselo, Chiapas, asesinado el 27 noviembre de 2009. Hay avances en la investigación en Canadá. Así, la Policía Montada allanó las oficinas en Calgary de Blackfire Exploration el 20 de julio del 2011, alegando que Blackfire le pagó de forma ilegal al alcalde local Julio César Velázquez Calderón “para mantener la paz y prevenir que miembros locales de la comunidad se alcen en armas contra la mina” de barita de esa compañía. Es bueno que se investiguen las operaciones de Blackfire bajo la Ley de Corrupción de Funcionarios Públicos Extranjeros, dijo Jamie Kneen, portavoz de Alerta Minera de Canadá. “Es la única ley que responsabiliza a compañías canadienses por sus acciones fuera del país. Si un caso tan claro como éste no se puede llevar a juicio con éxito, quedan pocas esperanzas para responsabilizar a nadie en los innumerables casos sobre los que escuchamos quejas.” José Luis Abarca Montejó, hijo de Mariano Abarca, dirigente de su comunidad desde el asesinato de su padre, visitó Canadá en septiembre del 2010 apoyando la promulgación de leyes robustas que regulen a las compañías canadienses en el extranjero.¹¹

7. EN COLOMBIA

En una economía en crecimiento, donde mucho se habla de exportaciones industriales pero donde la exportación principal (en toneladas) es el carbón de La Guajira y de El Cesar (70 millones de toneladas al año), surgen conflictos ambientales en la extracción de recursos y también en el transporte.¹² La situación de violencia ha dificultado en Colombia, como también en México, el estableci-

miento de organizaciones de justicia ambiental. Muchos activistas son “criminalizados” y hasta asesinados, pero hay intentos de formar redes contra represas y contra la minería. La presencia indígena en esos conflictos (como con los U’Wa en extracción de petróleo o los Embera Katio en las represas Urrá 1 y Urrá 2) es importante.

Actualmente hay conflictos por las enormes minas de carbón a cielo abierto en El Cerrejón, en La Guajira, y en La Loma, la Jagua de Ibirico y Becerril, en El Cesar, y el transporte con “tractomulas” (camiones) o ferrocarril. Se requieren nuevos puertos. Por ejemplo, pese a la resistencia de los movimientos de justicia ambiental se otorgaron en 2009 licencias ambientales al puerto carbonífero de Brisas sobre territorio de los pueblos indígenas koguis, arhuacos, kankuamos y wiwas de la Sierra Nevada de Santa Marta quienes están en desacuerdo con el puerto por cuanto el sitio escogido es considerado por ellos como sagrado. Hay también conflictos por desvío de ríos en El Cesar previstos para ampliar la minería de carbón. Empresas extranjeras como BH Billiton y Drummond son actores principales.

Hay conflictos por minas de oro a cielo abierto, por ejemplo en el departamento de Tolima con el proyecto de Anglo Gold Ashanti en la Colosa en Cajamarca que destruiría una próspera zona agrícola. Mientras, el proyecto Angosturas de la canadiense Greystar Resources en el páramo de Santurbán en Santander ha sido interrumpido en 2011. Con la consigna “agua sí, oro no”, la oposición unió a actores y gremios como Fenalco, la Cámara de Comercio, la gobernación de Santander y otros en un movimiento urbano liderado en Bucaramanga por ambientalistas, estudiantes y profesionales preocupados por la calidad del agua. En cambio en los propios lugares previstos para la mina una parte de la población fue seducida por las promesas de empleo y los regalos de la empresa. Cuarenta mil personas salieron a las calles de Bucaramanga descontentas con el proyecto de minería de oro a cielo abierto y el gobierno negó en el 2011 la licencia ambiental descartando el proyecto.¹³ La audiencia pública en la ciudad de Bucaramanga había servido

¹¹ <<http://www.miningwatch.ca/es/news/la-sociedad-civil-canadiense-expresa-su-agrado-ante-el-allanamiento-de-las-oficinas-de>>.

¹² Mario A. Pérez Rincón, *Comercio internacional y medio ambiente en Colombia* (Univ. del Valle, 2008). M.C. Vallejo, M.A. Pérez Rincón, J. Martínez-Alier, “Metabolic Profile of the Colombian Economy from 1970 to 2007”, *J. of Industrial Ecology*, 15(2), abril 2011.

¹³ Roa T. Censat Agua Viva “En Santander un nuevo movimiento comunero se levanta en la lucha por el agua” <<http://www.censat.org/component/attachments/download/863>>. Agradezco también las informaciones de Andrea Cardoso y Yadira Rivera sobre otros conflictos ambientales.

para mostrar la fuerza de la oposición. Es un triunfo contra la minería de oro similar a los casos de Tambogrande en Perú y Esquel en Argentina casi diez años antes.

En la parte sur de la ciudad de Bogotá, hay un conflicto en el río Tunjuelo donde las compañías de cemento Cemex y Holcim junto con una fundación de la archidiócesis de Bogotá han explotado grandes cantidades de gravas y arenas en perjuicio del curso del río y de la abundante población de la zona que sufre también por la localización de residuos urbanos en el basural de Doñajuana.

Hay también en Colombia abundantes conflictos por el uso de biomasa, por la deforestación, por las plantaciones de palma de aceite, por la destrucción de manglares en beneficio de camaronearas. Una parte de las plantaciones de palma estuvieron a cargo de grupos paramilitares tras expulsar a los campesinos locales. Los casos de las comunidades negras de Curvaradó y de Jiguamiandó en Urabá fueron notorios internacionalmente y han dado lugar a condenas judiciales de cárcel por los desplazamientos.¹⁴ También ha habido reclamos en otras zonas por plantaciones de pinos de Smurfit (Cartones de Colombia). Continúa la construcción de represas, aunque también ahí se señalan algunos éxitos ambientalistas como ha sido conseguir frenar la represa Urrá 2 en el Sinú.

CONCLUSIÓN

Cuando en *Le Nouvel Observateur* (n. 396, junio 1972) le preguntaron a Sicco Mansholt, presidente de la Comisión Europea, si estaba por el “crecimiento cero”, él respondió que ya no se trataba de “crecimiento cero” sino de “crecimiento por debajo de cero”. Para él, “el esfuerzo que yo preconizo no es posible en el cuadro de la sociedad actual basada en el capitalismo y la búsqueda la ganancia. Una preocupación ecológica supone una reflexión sobre la sociedad que nos permitirá lograr nuestros objetivos – una sociedad en la cual nos sintamos felices de vivir”.

En el siguiente número de *Le Nouvel Observateur* (n. 397, 1972), André Gorz señaló que el equilibrio ecológico global del cual hablaba Mansholt tras leer el informe de los Meadows,

requería que la producción material no creciera, requería incluso su decrecimiento –*décroissance*– y él se preguntaba si eso era compatible con el capitalismo. Tal vez era compatible con el capitalismo “pero no como lo conocemos” (casualmente, palabras idénticas a las de Tim Jackson en 2009). Sería otro tipo de capitalismo que también tendría crisis pero donde nuevos sectores mantendrían la ganancia del capital, por ejemplo un nuevo gran sector de capitalización de la naturaleza, un sector de servicios de descontaminación y reciclaje. La totalidad de las condiciones y factores naturales que permiten la vida serían subsumidos por el capital.

No se llegó sin embargo en 1972 en París a discutir a fondo el significado histórico del ecologismo. Surgió la pregunta de si el ecologismo era un movimiento social o más bien un movimiento cultural (como decía Marcuse). También se preguntaron sobre cuál era su contenido de clase, tanto Maire como Gorz trajeron el proletariado a escena pero sin mucho convencimiento. Nadie dijo todavía que las protagonistas principales fueran por ejemplo mujeres indígenas, nadie mencionó todavía las luchas por la justicia ambiental ni tampoco que fuera a constituirse la Vía Campesina en 1993, una red de movimientos campesinos que tiene por principal objetivo la soberanía alimentaria, la defensa de la agro-biodiversidad y que asegura que la agricultura campesina (con su mayor EROI) contribuye a “enfriar la Tierra” mientras que el sistema industrial alimentario mundial usa gran cantidad de combustibles fósiles y contribuye a una gran producción de gases con efecto invernadero. La historia está yendo en el sentido de Sicco Mansholt pero con protagonistas imprevistos. No son las políticas públicas ni los acuerdos entre estados los que se enfrentan realmente a los desafíos ecológicos sino grupos de la sociedad civil y sus redes, las OJAs (organizaciones de justicia ambiental), que no se corresponden estrictamente con clases sociales al estilo marxista.¹⁵

Conocemos ahora que el cofundador de la economía ecológica Nicholas Georgescu-Roegen intercambió correspondencia con los Meadows dándoles apoyo tras la publicación de su informe al Club de Roma, advirtiéndoles que los economistas estarían unánimemente en su contra (excepto él y unos pocos).¹⁶

¹⁴ El Tiempo, Bogotá, 11 sept. 2011, “Primera condena a empresarios por robo de tierras”, 2.

¹⁵ <www.ejolt.org>.

¹⁶ C. Levallois, Can De-Growth be Considered a Policy Option? A Historical Note on Nicholas Georgescu-Roegen and the Club of Rome, *Ecological Economics*, 69 (11), 2010.

Los Meadows le agradecieron su buena disposición. Georgescu se hizo socio del Club de Roma pero el Club de Roma no estaba realmente por el decrecimiento ni por el estado estacionario – como escribió Alexander King en su autobiografía *Let the Cat Turn Around: One Man's Traverse of the Twentieth Century* (Londres, CPTM, 2006) donde recuerda que en abril 1972 el mismo y Aurelio Peccei, como líderes del Club de Roma (asustados del informe de los Meadows) habían escrito a la Comisión Europea criticando a Mansholt y abjurando de la idea de “crecimiento cero”. Georgescu por su lado se dio de baja o dejó de pagar la cuota del Club de Roma. Ya entonces se habló pues del decrecimiento y en 1979 Georgescu publicó en francés una selección de artículos traducidos por Jacques Grinevald e Ivo Rens con el título *Démain la Décroissance*. Llegó el momento de decir *aujourd'hui la décroissance*, un pequeño decrecimiento en los países enriquecidos (bajemos el uso de energía a 100 GJ por persona y año) en alianza con los movimientos del Sur que protestan contra el cambio climático, que reclaman la deuda ecológica acumulada pero no quieren que ésta aumente más todavía, que no desean continuar exportando materias primas baratas que implican costos socio-ecológicos que no están calculados, que prefieren el Buen Vivir al desarrollo uniformizador, que no confunden la verdadera oikonomía con la crematística. El objetivo del Buen Vivir se puede expresar como un principio aristotélico (¿aunque tal vez *sumak kawsay* tenga una vida filológica anterior al griego?). Y coincide con principios de otras culturas. Por ejemplo, la economía gandhiana (desarrollada por J. C. Kumarappa) recoge reglas políticas como la *ahimsa* (la no-violencia incluso contra animales, con raíces religiosas jain), la *satyagraha* (tener la valentía de defender las propias razones, la palabra es de Gandhi), y reglas económicas como la *aparigraha* (la renuncia a acumular bienes, la simplicidad voluntaria que muchas religiones elogian), y el respeto y la práctica de los *trabajos cuidadosos*, sin privilegios de casta o de género.

Si en 1992 en Rio de Janeiro las NNUU propugnaban el desarrollo sustentable, en el 2012 defenderán la economía verde, y tal vez en el 2032 el desarrollo verde y en el 2052 la economía sustentable. Palabras vacías. La burocracia de NNUU supone que es fácil crecer de manera desmaterializada, olvida los objetivos concretos respecto al cambio climático y la pérdida de biodiversidad, quiere meter los servicios ambientales en el merca-

do como nuevo sector de negocios e impulsa la inversión pública ambiental en una perspectiva de crecimiento económico verde similar al fracasado desarrollo sostenible de 1992. Hay una diferencia con 1992, la “economía verde”, en un contexto de crisis en las economías ricas, se vincula expresamente no a la macroeconomía ecológica sin crecimiento de Jackson y Victor sino al keynesianismo de Krugman y Stiglitz. Hay que aumentar el déficit público siguiendo una política keynesiana. Ese gasto estatal financiado con deudas ayuda a salir de la crisis y podría encaminarse a fines sociales y ecológicos. Eso es lo que predicen Achim Steiner y Pavan Sukhdev en la UNEP desde 2008 hasta hoy.

Pero si la Deuda crece y crece (como ha ocurrido en el Japón en los últimos veinte años y está ocurriendo en Estados Unidos y Europa) eso desembocará en una imposibilidad de pago de la deuda o en inflación. La economía verde keynesiana no tiene nada que ver con la macroeconomía ecológica de Soddy, Daly, Victor y Jackson, que no está por el crecimiento económico y que no quiere aumentar la deuda de los consumidores ni la deuda pública. Esa “economía verde” tampoco tiene que ver con el movimiento decrecentista ni con los movimientos de justicia ambiental.

Puede lograrse el pago de las deudas, como piensan Krugman y Stiglitz, con crecimiento, pero ¿ese crecimiento no implicará regresar a la espiral de más combustibles fósiles y más emisiones de dióxido de carbono? Keynes quería que la economía saliera de la crisis de 1929. Lo que ocurriera a largo plazo, una vez la economía se recuperara de la crisis, no le importaba. Fueron economistas posteriores los que convirtieron el keynesianismo en una doctrina de crecimiento económico a largo plazo. Keynes ha resucitado e incluso le quieren vestir de verde. Y ahí entra la crítica ecológica. Está bien un keynesianismo verde que aumente la inversión pública en conservación de energía, instalaciones fotovoltaicas, transporte público urbano y rehabilitación de viviendas, agricultura orgánica. Pero no está bien continuar en la fe del crecimiento económico. En países ricos la economía debe decrecer en el uso de energía y materiales incluso si esto supone que baje el PIB que en todo caso está mal medido.

¿Puede la macroeconomía ecológica sin crecimiento de Jackson y de Victor entrar en alianza con los movimientos del ecologismo popular (y las organizaciones y redes de justicia ambiental y justi-

cia climática que ellos forman)? Desde el Sur se pide una economía encaminada a un Buen Vivir y se protesta contra el comercio ecológicamente desigual y contra las deudas ecológicas o pasivos ambientales del Norte, temas que hay que incluir en la macroeconomía ecológica.

Las críticas al PIB ya estaban en su lugar en 1970. El PIB no resta lo que debería restar ni tampoco suma lo que debería sumar. Se comprueba que la satisfacción vital o la felicidad ya no crecen al crecer el ingreso más allá de cierto umbral. Los “bienes relacionales” adquieren más importancia que los bienes materiales. En palabras de Castoriadis: “*vale más un nuevo amigo o una nueva amiga que un nuevo Mercedes Benz*”. Una economía sin crecimiento requiere también nuevas instituciones (por ejemplo, un apoyo del estado al sector “Cenicienta” y una renta básica o de ciudadanía en vez de quitar el subsidio a los desempleados para cumplir planes de austeridad para pagar las deudas).

Desde el Sur llega un fuerte reclamo de la deuda ecológica y también protestas sociales por

el cambio climático. Además, el rechazo del Sur a continuar proporcionando materias primas baratas para las economías industriales debería traducirse en impuestos sobre el agotamiento del “capital natural” o “retenciones ambientales” y límites a la exportación. Debería traducirse también en más propuestas como la del Yasuní ITT y en exigencias del pago de los pasivos ambientales de las empresas transnacionales. Eso ayudaría al Norte (incluyendo partes de China) en el camino hacia una economía más sostenible que use menos materiales y energía.

A primera vista parece que el Sur se perjudica si el Norte no crece porque hay menor oportunidad de exportaciones y también porque el Norte no querrá dar créditos y donaciones. Pero precisamente los movimientos de justicia ambiental y climática, el ecologismo de los pobres tan vigoroso en el Sur, son los mejores aliados del movimiento por una economía sin crecimiento e incluso con un decrecimiento económico socialmente sostenible en el Norte.

REFERENCIAS

- Bonaiuti, M. (ed.), *From Bioeconomics to Degrowth. Georgescu-Roegen's "New Economics" in eight essays*. Routledge, London, 2011.
- Daly, H. (ed.), *Toward a Steady-State Economy*, W. H. Freeman, San Francisco, 1973.
- Georgescu-Roegen, N., *The entropy law and the economic process*, Harvard U.P. Cambridge, MA, 1971.
- Harvey, D., *The New Imperialism*, Oxford U.P., Oxford, 2003.
- Hirsch, F., *The Social Limits to Growth*, Routledge and Keagn Paul, London, 1977.
- Jackson, T., *Prosperity without growth. Economics for a finite planet*. Earthscan, London, 2009.
- Kerschner, C., Economic de-growth vs steady-state economy, *J. of Cleaner Production* 18(6), 544-551, 2010.
- Mankiw, Gregory, *Macroeconomía*, 6ª edición, Antoni Bosch, Barcelona, 2007.
- Martínez-Alier J. y K. Schlüpmann, *La economía y la ecología*, FCE, México, 1994.
- Victor, P., *Managing without growth. Slower by design, not disaster*. Edward Elgar, Cheltenham, 2008.